

rosas dejándonos las espinas. Nada reciben, pues, de Inglaterra?—Sí, dijo alegremente uno de los monjes, en Quiberon han recibido balas y metralla.—No digo de los ingleses, sino de Inglaterra, repuso Morgan.—Ni un sueldo.—Paréceme, sin embargo, añadió otro de los hermanos mas grave y juicioso que ¡sus compañeros, que nuestros príncipes bien podrian remitir algun auxilio á los que derraman su sangre por la causa de la monarquía. ¿No temen que la Vendee se canse al fin de una fidelidad que hasta ahora no le ha valido, que yo sepa, ni tan siquiera una demostracion de gratitud? —La Vendee, amigo mio, es un país generoso, contestó Morgan, no hay cuidado de que se canse; qué mérito tendria, pues, la fidelidad si estuviese exenta del peligro de la ingratitude? Desde el momento en que se paga la adhesion con el reconocimiento deja de haber sacrificio, puesto que se recibe una recompensa. Seamos siempre fieles, amigos míos, seamos adictos hasta donde alcancen nuestras fuerzas; roguemos al cielo haga ingratos á aquellos á quienes servimos, y de este modo se nos reservará, no lo dudeis, una de las mas brillantes páginas en la historia de nuestras disensiones intestinas.

Apenas acababa Morgan de expresar, con tan sincero y ardoroso entusiasmo, los hidalgos y caballerosos sentimientos que le animaban, sonaron tres golpes en la misma puerta por que habia sido poco antes introducido.

—Caballeros, dijo el que parecia ejercer las funciones

de presidente, cubríos con la capilla ó la máscara; no sabemos quién va á llegar.

### III.

#### **Inversion de los fondos ocupados al Directorio.**

Apresuráronse todos á obedecer, dejando caer los monjes la capilla y poniéndose Morgan la máscara.

—Entrad! dijo el superior.

Abrióse la puerta, presentándose el monje que habia acompañado á Morgan.

—Un emisario del general Jorge Cadoudal pide ser introducido, dijo.—Ha contestado á las tres palabras de órden? —Perfectamente.—Que entre.

Salió el monje para presentarse de nuevo al cabo de dos segundos en compañía de un hombre, cuyo traje de aldeano, unido á la particular configuracion de su cabeza, poblada de espesos cabellos negros, revelaban al primer golpe de vista su origen breton.

Adelantó con paso firme hasta el centro del círculo, sin manifestar la menor turbacion, deteniendo sucesivamente su mirada en cada uno de los doce monjes, aguardando sin duda que alguna de aquellas estatuas de mármol diese señales de vida.

El presidente fué quien le dirigió la palabra.

—De parte de quién venís? le preguntó.—El que me envía, contestó el aldeano, me ha encargado manifestaros que vengo de parte de Jehú.—Se os ha confiado alguna comision verbal ó escrita?—He de contestar á las preguntas que se me hagan, y entregar despues un trozo de papel en cambio de dinero.—Está bien; empecemos por las preguntas: qué noticias nos dais de nuestros hermanos de la Vendee?—Han depuesto las armas, y solo aguardan una palabra vuestra para volverlas á tomar.—Y por qué han depuesto las armas?—Porque así se lo ordenó S. M. Luis XVIII.—Se ha hablado, en efecto, de una proclama que se supone dictada por el mismo rey.—Aquí teneis la copia.

Presentó el aldeano un papel al que le interrogaba.

Abriólo este y leyó:

«La guerra solo sirve para hacer temible y odiosa á los ojos de los pueblos la autoridad real. Jamás podrán ser sinceramente queridos los monarcas que á este sangriento auxiliar han debido su restablecimiento: preciso es, pues, renunciar á los medios violentos, y entregarse con confianza al imperio de la opinion pública, que desengañada retrocede espontáneamente á la proclamacion y defensa de los principios salvadores. Dios y el rey serán bien pronto el grito unánime de los franceses; es indispensable por lo tanto reunir en un centro formidable los dispersos elementos del realismo, aban-

donar la Vendee sublevada á su desgraciada suerte, y marchar por un camino mas pacífico y sobre todo menos peligroso. Los realistas del Oeste han concluido su mision, debiendo apoyarse actualmente en los de París, que lo tienen todo preparado para una próxima restauracion.»

Levantó el presidente la cabeza buscando á Morgan con la vista, cuyo brillo no bastaba á ocultar la capilla que le caía sobre el rostro.

—Ya veis, hermano, le dijo, cuán pronto han sido cumplidos vuestros deseos; los realistas de la Vendee y del Mediodía tendrán todo el mérito de la fidelidad.

Volviendo luego á fijar la vista en la proclama, de la que faltaba aun leer dos ó tres líneas, prosiguió:

«Los judíos crucificaron á su rey: desde entonces andan errantes por todo el mundo; los franceses han guillotinado el suyo; serán tambien diseminados por toda la tierra.

«Blankenburgo 25 de agosto, dia de nuestro santo, del año 1790, sexto de nuestro reinado.

«Firmado, LUIS.»

Miráronse los jóvenes con extraordinaria admiracion.

—*Quos vult perdere Jupiter, dementat*: dijo Morgan.—Sí, contestó el presidente; pero cuando aquellos á quienes quiere Júpiter perder, representan un principio, es

menester sostenerles, no solo contra Júpiter, sí que tambien contra ellos mismos. Ajax, perdido entre los rayos y centellas de la mas deshecha tempestad, se abrazó á una roca, y alzando al cielo su puño cerrado, dijo: «Me salvaré á pesar de los dioses.» Y se salvó.

Dirigiéndose luego al enviado de Cadoudal:

—Y á esta proclama, qué ha contestado el que os envia? le dijo.—A corta diferencia lo que acabais vos de contestar ahora. Me ha dirigido á vosotros para saber si estais decididos á defender nuestra causa, á pesar de todo, á pesar del rey mismo.—Pardiez! exclamó Morgan.—Enteramente decididos, contestó el presidente.—En este caso todo va bien, repuso el aldeano. Vengo á enteraros de la eleccion de los nuevos jefes y del nombre de guerra de cada uno, el cual os encarga el general useis constantemente en vuestras correspondencias, como hace él siempre que ha de hablar de vosotros.—Traeis la lista? preguntó el presidente.—No, podian detenerme y ocupármela: escribid, yo os los dictaré.

Sentóse á la mesa el presidente, tomó una pluma y fué escribiendo los siguientes nombres, que le dictó el paisano:

«Jorge Cadoudal, *Jehú*, ó *Cabeza redonda*; José Cadoudal, *Judas Macabeo*; Lahaye Saint-Hilaire, *David*; Burban-Malabry, *Fiera Parca*; Poulpiquez, *Implacable*; Bonfils, *Irresistible*; Dampherne, *Vigilante*; Duchayle, *La Corona*; Duparc, *El Terrible*; La Roche, *Mitridates*; Puy sage, *Juan el Rubio*.

—Hé aquí los sucesores de Charette, Stofflet, Cathelineau, Bonchamps, d'Elbée, La Rochejaquelein y Lescure, dijo una voz.

Volvióse el breton hácia el que acababa de hablar.

—Si se hacen matar como sus predecesores, dijo, qué mas les pedireis?—Vamos, bien contestado, dijo Morgan; de manera que...—Que tan luego como el general reciba vuestra contestacion, repuso el enviado, volverá á tomar las armas.—Y si nuestra contestacion hubiese sido negativa? preguntó uno de los monjes.—Peor para vosotros, contestó el breton; de todos modos la insurreccion está fijada para el veinte de octubre.—Pues bien, dijo el presidente, gracias á nuestra cooperacion, el general tendrá con que pagar á su ejército la primera mensualidad. Dónde está vuestro recibo?—Ahí está, contestó el mensajero, sacando de su bolsillo un papel, en el que se hallaban escritas estas palabras:

«Recibí de nuestros hermanos del Mediodía y del Este, para ser empleada en defensa de la causa, la cantidad de.....

«JORGE CADOU DAL.

General en jefe del ejército realista de la Bretaña.»

—La cantidad, como veis, se ha dejado en blanco.

—Sabeis escribir? preguntó el presidente.—Lo bastante para poner las tres ó cuatro palabras que faltan.—Escribid, pues: Cien mil francos.

— Escribiólo el breton, y alargando el papel al presidente :

— Ahí teneis el recibo, le dijo; dónde está el dinero?— Tomad el saquito que está á vuestros piés; hay en él sesenta mil francos.

Dirigiéndose despues á uno de los monjes :

— Montbard, dónde están los otros cuarenta mil? le preguntó.

Fué el monje á abrir un armario, y sacando de él otro saquito menos voluminoso que el que habia traido Morgan, pero que contenia no obstante cuarenta mil francos cabales:

— Ahí está lo que falta, dijo.—Ahora, amigo mio, añadió el presidente, comed y descansad; mañana podreis marchar.

— Me aguardan con impaciencia, contestó el breton, comeré y dormiré sobre mi caballo. Adios, señores, guardéos el cielo.

Y dirigióse para salir hácia la misma puerta por donde habia entrado.

— Aguardad, dijo Morgan.

Detúvose el mensajero de Cadoudal.

— Noticia por noticia, añadió Morgan; decid á Jorge Cadoudal que el general Bonaparte, dejando el ejército de Egipto, ha desembarcado anteayer en Frejus, y dentro de tres dias estará en París. Mi noticia vale tanto como la vuestra; qué os parece?—Imposible! exclamaron todos los monjes á una voz.—Nada hay sin embargo mas cierto, caballeros; lo sé

por nuestro amigo Lepratré, quien le ha visto detenerse en Lyon una hora antes que yo, y le ha conocido perfectamente.—A qué vendrá á Francia? preguntaron dos ó tres monjes.—Perded cuidado, contestó Morgan, pronto lo sabremos; no es probable vaya á París para guardar el incógnito.—Comunicad sin retardo esta noticia á nuestros hermanos del Oeste, dijo el presidente al enviado; antes os he propuesto que descanséis; ahora soy yo quien os dice: Marchad.

Saludó el breton y salió. Luego que estuvo cerrada la puerta:

— Señores, dijo, la noticia que acaba de darnos el hermano Morgan es tan grave, que voy á proponeros una medida especial.—Cuál? preguntaron todos los compañeros de Jehú á un tiempo.—Que uno de nosotros, designado por la suerte, marche á París, desde donde valiéndose de la clave convenida, nos tenga al corriente de todo lo que pase.—Aprobado, contestaron.—En este caso, prosiguió el presidente, escribamos nuestros trece nombres, cada uno el suyo, en un papel, metámoslos dentro de un sombrero, y el que salga se pondrá al instante en camino.

Con un movimiento unánime acercáronse los jóvenes á la mesa, escribiendo sus respectivos nombres en pedacitos iguales de papel, que rollaron y metieron en un sombrero.

Sacado uno por el mas jóven entrególo al presidente, quien desdoblándolo leyó:

— Morgan.—Mis instrucciones? preguntó el jóven.—

Acordaos, contestó el presidente con una solemnidad á que las bóvedas de aquel claustro añadian cierta majestuosa grandeza, que sois el baron de Saint-Hermine, que vuestro padre fué guillotinado en la plaza de la revolucion, y que vuestro hermano murió en el ejército de Condé. Nobleza obliga; ahí teneis vuestras instrucciones.—Y por lo demás? insistió el jóven.—Por lo demás, contestó el presidente, apelamos á vuestros juramentos y lealtad.—Entonces, amigos míos, permitid me despida al instante; querría que la luz del día me hallase en camino de París, y tengo que hacer indispensablemente una visita antes de emprenderlo.—Bien, dijo el presidente abriéndole los brazos, yo te abrazo en nombre de todos los hermanos. A otro le diria: «Sé valiente, perseverante, activo;» á tí me contentaré con decirte: «Sé prudente.»

Recibió el jóven el abrazo fraternal, saludó con una sonrisa á los otros amigos, estrechó la mano á dos ó tres de ellos, envolvióse en su capa, calóse el sombrero, y salió.

#### IV.

##### Romeo y Julieta.

Previendo su próximo regreso habíase lavado y limpiado al caballo de Morgan, y despues de darle doble pienso estaba ya otra vez ensillado.

No tuvo por lo tanto el jóven mas que pedirlo y montar.

Abrióse en seguida la puerta como por encanto; lanzóse fuera de ella el caballo relinchando de impaciencia, y olvidada ya su primera corrida, dispúsose á emprender con igual brio la segunda.

Fuera de la puerta de la Cartuja estuvo por un momento indeciso Morgan; volvió finalmente á la derecha, siguiendo un estrecho sendero que conduce de Bourg á Seillon, dobló de nuevo á la derecha, internándose en el bosque, para salir pronto al otro lado de la carretera de Pont-d'Ain, parándose despues de andada media legua en un reducido caserío, conocido hoy con el nombre de *Casilla de los Guardas*.

Tenia por señal la mas notable de aquellas humildes habitaciones una rama de acebo, como acostumbran la mayor parte de los ventorrillos, donde se detienen los transeuntes á reanimar sus fuerzas y descansar un instante antes de proseguir su lento y fastidioso viaje.

Al igual que en la puerta de la Cartuja, sacó Morgan una pistola, sirviéndose de la culata á manera de martillo; pero como, segun todas las probabilidades, los que habitaban la venta no eran conspiradores, tardaron mas tiempo en contestar que el portero de la Cartuja.

Oyóse finalmente el ruido de unos gruesos zapatos que avisaba la aproximacion del mozo de cuadra; abrióse la puerta, y, viéndose el buen hombre que se presentó en ella de